

Esta vindicacion la hizo san Braulio, comisionado por todo el concilio, como sugeto en quien con la doctrina se juntaba la amenidad de las bellas letras, y el arte de hacer prevalecer la verdad, presentándola con todos los atractivos de la elocuencia. Al juntarse en el concilio, recibieron los padres una carta del papa Honorio, remitida por el diácono Turnino, en la que los reconvenia ásperamente por no cumplir exactamente con su ministerio, resistiendo con esfuerzo y valor á los enemigos de la fe; añadiendo que temia no se cumpliese en ellos aquella sentencia que por infieles custodios de la grey de Jesucristo, se los condenase como á perros mudos, que no tenian ánimo para ladrar siquiera contra los lobos carniceros. Sintieron los padres una reprension tan severa del pastor de la Iglesia universal, y fué tanto mayor su sentimiento, cuanto estaban mas seguros en su conciencia de haber cumplido exactamente con su cargo, condenando los errores, oponiéndose vigorosamente á las novedades, y llenando completamente las obligaciones de obispos vigilantes y zelosos. Su mucha virtud no pudo hacerse desentendida de los perjuicios que trae consigo una calumnia, cuando llega á encontrar abrigo en el pecho de un superior. Determinaron, pues, prevenir las funestas consecuencias, desengañando al Santo Padre de las falsedades que le habian sugerido; y para este efecto, le remitieron copia de las actas de los concilios anteriores, juntamente con una carta escrita por san Braulio, la cual dice el arzobispo don Rodrigo, causó grande admiracion en Roma por la hermosura de su estilo y la gravedad de sus sentencias. En ella le hace ver al pontífice el zelo y esmero con que, tanto el rey Chintila, como los obispos de la Peninsula cuidaban de mantener en toda su pureza la doctrina de Jesucristo; se hace cargo de que es propio de su oficio pastoral

dirigir semejantes avisos á todas las iglesias, pero al mismo tiempo, que lo es tambien no dar fácil entrada, ni creer con precipitacion las delaciones que se hacen contra un cuerpo de obispos tan respetable; le propone el ejemplo de esta cautela en ellos mismos, quienes, aunque habian oido decir que el romano pontífice permitia volver á sus ritos supersticiosos á los judíos que habian recibido el bautismo, de ninguna manera habian dado asenso á semejante nueva, suponiéndola muy ajena de la firmeza y santidad de aquella piedra sobre que Cristo habia fundado su Iglesia; y últimamente le ruega que ayude con sus oraciones, para que el Señor proteja la salud y buenos propósitos, tanto del rey piadoso, como de unos obispos que de acuerdo con él velaban sobre el depósito de la fe.

No brillaba menos su portentosa sabiduría fuera de los concilios; y así, recurrían á Braulio los obispos, los reyes, presbíteros y todo género de personas, como á una fuente de doctrina y de prudencia en donde hallaban la solucion de sus dudas, y consejos acertados en los negocios mas arduos y difíciles. Luego que Eugenio fué promovido al arzobispado de Toledo, se halló embarazado con algunos casos de tan difícil solucion, que no se atrevió á resolverlos por sí mismo, sino que pidió á nuestro santo le aconsejase lo que debia hacer, contemplando que de su doctrina no se podia esperar otra cosa que el acierto. Habia encontrado un presbítero fingido que ejercia las funciones del sacerdocio, sin haber recibido realmente este orden sagrado; halló algunos diáconos que acostumbraban administrar el sacramento de la confirmacion; y últimamente, halló presbíteros que, no contentos con confirmar, se atrevían á consagrar el óleo y bálsamo para la confirmacion. Sin embargo de los muchos cuidados, tristezas y amarguras que

por entonces le oprimian, responde á todo nuestro santo con gran copia de doctrina, rogando al mismo tiempo á Eugenio humildemente que si hallaba algun defecto en sus respuestas, lo corrigiese y le avisase para corregirlo él mismo.

La grande obra de asegurar la tranquilidad del reino haciendo que á Chindasvinto sucediese Recesvinto en la corona, fué tambien fruto de la sabiduria de Braulio y de la alta consideracion que tenia en todas las jerarquias de la nacion y en la estimacion del mismo rey. Se habian experimentado varias turbaciones y excesos en las elecciones de monarca. Con prevision de la muerte de Chindasvinto se iban ya fomentando facciones por personas tumultuarias y ambiciosas, que aspiraban al trono por medio de la tiranía. Los españoles fieles y sensatos previeron que costarian mucha guerra y sangre semejantes turbulentas intenciones, y así procuraron poner en tiempo el remedio á los males que amenazaban, solicitando que Chindasvinto no solamente declarase á su hijo heredero de la corona, sino que le asociase en el mando, dándole el titulo y potestad de rey, antes de su muerte. Pero un negocio tan arduo necesitaba, para tratarse y conseguirse, de una mano maestra que supiese manejar todos los medios de la prudencia, de la política y de la razon. Pusiéronlo todo en la de Braulio, de cuya sabiduria, autoridad y santidad no dudaron que haria el rey todo el aprecio que esperaban. En efecto, escribió el santo obispo á Chindasvinto una carta en que, despues de representarle el amor y fidelidad de sus vasallos, las calamidades y turbaciones á que quedarían expuestos si no se prevenian oportunamente los artificios de la ambicion, llega á proponerle, temeroso y esperanzado, el medio que los Españoles deseaban. El efecto de esta carta fué nombrar á Recesvinto sucesor de la corona, y rey juntamente con Chindasvinto mientras á este le durase la vida.

Despues que Recesvinto subió al tronó, encargó á san Braulio la correccion de un códice que estaba tan falto y mendoso, que aseguró el santo le hubiera sido de menos trabajo el escribirlo de nuevo. Por tanto, despues de haber hecho algunas correcciones, se lo devolvió al rey, alegando que sus muchos años, sus enfermedades, la falta de vista, y las amarguras que le hacian padecer los espíritus discólos é inquietos, le hacian tardar demasiado, y casi desconfiar de la conclusion de la obra. Pero el piadoso monarca, conociendo cuanto valia el trabajo de un varon tan consumado en letras y virtudes, no quiso desistir de su empeño. Consolóle en sus trabajos; alentóle con la esperanza de que el Señor, por cuya causa trabajaba, le infundiria nuevo vigor y nuevas fuerzas, y últimamente, que solo de su talento y sabiduria esperaba la conclusion de aquella obra. Cedió el santo á las honoríficas y piadosas insinuaciones del monarca, y concluyó la obra, remitiéndola con las humildes expresiones de que « si algun yerro se encontraba en ella, debia atribuirse á la cortedad de sus luces, y por el contrario, todos los aciertos debian atribuirse á la gracia particular de aquel Señor que habia sabido desatar la lengua del animal mas rudo para que hablase cuando convenia. »

Unos trabajos tan pesados y tan continuos, las inquietudes y detracciones que le hicieron padecer los enemigos de la virtud, el zelo y vigilancia con que miraba la salvacion de sus ovejas, y las muchas enfermedades que padeció, pusieron término á su preciosa vida, cuyo fin le obligaban á mirar con gusto las amarguras con que la pasaba; como afirma en la primera carta que escribió á Chindasvinto. Sucedió su muerte por los años del Señor de 651, siendo llorada de todos los buenos que conocían que en san Braulio habia perdido la iglesia de España un ministro fiel, un

obispo zeloso, un doctor sapientísimo, un padre amoroso y un sacerdote santo. Su venerable cuerpo fué sepultado en la iglesia de Santa Maria la Mayor, que hoy se llama del Pilar, en donde, por la miseria de los tiempos siguientes, llegó á estar sin veneracion y desconocido por mas de seiscientos años. Pero Dios, que quiere sean veneradas las reliquias, sagrados despojos de sus siervos, reveló al obispo don Pedro Garcés de Januas el sitio donde reposaban las del santo, desde donde fueron trasladadas con grande veneracion al altar mayor de la misma iglesia del Pilar, en donde los fieles las veneran.

San Braulio escribió la vida de san Millan; un índice de las obras de su maestro san Isidoro; la vida de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, y muchas epístolas llenas de unción y sabiduría, que son un depósito de instruccion para los fieles, y un testimonio de los grandes trabajos que padeció el santo por el amor de Jesucristo y de su esposa la Iglesia.

La misa es en honor de este santo : la oracion la que sigue.

Deus, qui per os Braulii confessoris tui atque pontificis, verbi tui arcana reserasti, et hæreticorum spurcitiam illius prædicatione confudisti : fac nos quæsumus, famulos tuos, illius et eruditione proficere, et oratione defendi. Per Dominum nostrum...

O Dios, que nos manifestaste los misterios de tu palabra por boca de san Braulio tu confesor y pontífice, y que confundiste la pestilente doctrina de los herejes con su admirable sabiduría; suplicámoste, Señor, bagas que nosotros, tus siervos, nos aprovechemos de su enseñanza, y seamos defendidos con sus oraciones. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría, y la misma que el día 1, pág. 29.

REFLEXIONES.

Todo cuanto hay de grande en el mundo, es, en presencia de Dios, como si no fuese : *los montes*, dice el santo David, *se derritieron como cera delante del Señor, y no solo los montes, sino toda la tierra.* Con todo eso, la santa madre Iglesia, tomando las palabras con que el Espiritu Santo hizo el elogio de Noé, Abraham, Isaac, Moisés y Aaron, no duda aplicarlas á aquellos justos que acertaron á imitar tan excelentes ejemplares, llamándolos *grandes sacerdotes*. A la verdad, un epíteto de tanta recomendacion con dificultad podrá encontrar mérito mas proporcionado que el de san Braulio, tan digno obispo como hemos visto en su preciosa vida. Fué grande en todo; pero singularmente en las obligaciones privativas de sacerdote, en que manifestó virtudes dignas de imitarse respectivamente en todos los estados.

Los sacerdotes son los maestros del pueblo : no solamente enseñan sus palabras, sino mucho mas sus acciones y sus costumbres. Pocos hay que no estén persuadidos de que los sacerdotes son los depositarios de la doctrina del Evangelio, asi como lo son de la sangre de Jesucristo. Oyen de su boca los consejos acertados, las verdades de la ley, la reprension de sus deslices, y las amenazas terribles que intiman de parte de Dios. Igual deferencia que conceden á sus palabras, tributan á sus obras; porque no es fácil persuadirse de que ningun prudente obre contra lo mismo que tiene por verdadero, por justo y provechoso. Todo esto está muy bien; y al paso que es un modo de juzgar recto y arreglado, constituye á los sacerdotes en la mas estrecha obligacion de no borrar con el escándalo de sus obras un concepto que la misma Religion ha fijado ya en nuestras almas. El